

FRANCESCA BRILL

El puente

Traducción del inglés de
Dora Sales

alevosía 

Para Bobby, Rebecca y Romy

Vi su corazón en su cara.

William Shakespeare,
Cuento de invierno, acto 1, escena 2

Primera parte

Capítulo 1

Hong Kong – Junio 1940

Se produjo un ruido sordo, distante, y la hierba recortada tembló bajo sus pies. Después, los caballos ya estaban frente a ella. La sacudida del ruido y la velocidad resultaban asombrosas cada vez. Provocaban un estremecimiento... ¿y si una de esas criaturas sudorosas, exageradamente musculosas, se desviase solo unos cuantos centímetros? Estarían encima de ella justo ahí, donde se quedaba de pie junto a las endebles verjas de madera. Stevie echó un vistazo a su propia muñeca. Tan frágil, esos huesos tan pequeños. Tan fáciles de romper.

Y entonces los cascos del último caballo levantaron los últimos trozos de barro, y se alejaron. Unas pocas briznas de hierba pisoteada cayeron desde el aire. Había perdido y eso no le gustaba. El hipódromo, irónicamente llamado Valle Feliz, era un lugar despreciable en realidad. No había excusa. No es que no tuviese ya bastantes vicios, aunque, en la escala de su degeneración en curso, una pizca de juego de poca monta apenas tenía importancia.

Rompió en pedazos la papeleta y la tiró al suelo para que se uniese a los demás sueños rotos. El confeti de la decepción.

—Pensaba que lo estabas dejando.

Declan McKenna, el rebelde periodista irlandés a quien Stevie conoció en alguna especie de cocktail en el Astor House Hotel en Shanghai, se abrió paso entre la multitud, sonriendo con deleite al encontrarla. Le forjaron para sobrevivir en los pantanos de turba de Irlanda occidental, su torso fornido y manos enormes no eran muy apropiadas para sentarse tras un escritorio y escribir a

máquina. No sabía que estaba en Hong Kong, pero los viajes de Declan nunca la sorprendían.

—Oh, lo he hecho. He venido por motivos estrictamente profesionales.

—¿Vas a comprarte un caballo?

—Estoy informando a mis leales lectores allá en casa, sin temor, sobre el lugar más peligroso de Hong Kong.

Él se rio, ensanchando más su boca generosa. Le llamó la atención el andar arrogante de una muchacha china impecablemente maquillada bamboleándose en medio de la gente de la prensa, tipos chinos en su mayoría y Stevie sonrió para sí misma por la facilidad con la que Declan se había distraído. Sabía que como única mujer no oriental ahí abajo, lejos de las tribunas, resultaba llamativa. Su pelo corto y oscuro no la distinguía de forma particular, pero lo despreocupado de su vestido de algodón, y el hecho de que no llevase pintalabios, ni guantes ni sombrero, sí lo hacía. Los europeos y los norteamericanos por regla general se apegaban a la seguridad de las tribunas, donde sus carteras resultaban menos vulnerables ante los carteristas, o ante los corredores de apuestas. No había mucho amor perdido entre las comunidades dispares, allí, en aquella extraña anomalía de isla, pero ganar y perder era, como siempre, una forma de igualar que resultaba verdaderamente eficiente. Declan volvió a prestarle atención, todavía con alegría en su mirada, que parecía estar siempre al borde de un guiño insolente. Stevie recordó que él también había recorrido un largo camino desde casa.

Se inclinó hacia él, frunciendo el ceño.

—No obstante, quiero entender una cosa. A esos caballos, ¿qué les hace correr?

Declan se encogió de hombros, distraído por ella, pero también receloso.

La voz de Stevie era suave, su acento norteamericano se había atenuado por los años en el extranjero.

—¿Quieres saber cuál es mi apuesta? Lo hacen por divertirse. Por eso corren.

—Te lo han dicho ellos mismos, ¿verdad?, lo sabes de buena tinta...¹

Negando con la cabeza para reconocer lo flojo que era el chiste, añadió:

—Sé que yo lo haría por ese motivo. Correr, quiero decir —y se dio la vuelta sonriendo.

Él la detuvo.

—¿Necesitas que te lleve al distrito Central? Me he agenciado un coche para cargarlo en gastos.

—No. Estoy bien.

—Más que bien, diría yo.

Ella aceptó el cumplido sin comentarios, pero sonrió más ampliamente.

Envalentonado, él volvió a probar.

—¿Ni siquiera puedo tentarte a tomar un whisky con soda en el bar del Hotel Peninsula?

—No, caballero, esta noche no.

—¿Ese novio tuyo te tiene bajo llave?

Ella rio:

—Es demasiado listo como para intentarlo.

Se produjo un ligero movimiento en la aglomeración de gente que había a su alrededor, y a Declan le llamó la atención un hombre chino delgado, de pómulos elevados, con un traje de lino muy refinado, que se dirigía hacia ellos. Suspiró y señaló en su dirección.

—Hablando del rey de Roma.

Stevie se giró y, para su gran sorpresa, vio que Declan tenía razón. Normalmente Jishang nunca iba al hipódromo. Detestaba a los omnipresentes vendedores ambulantes y a las acres hordas que escupían y gritaban. Sus hábitos de juego se confinaban a salas privadas de casinos discretos.

¹ En inglés existe la frase hecha «from the horse's mouth» (literalmente: «de la boca del caballo»), que significa que se sabe algo de buena tinta. Declan la emplea en este caso para hacer un pequeño chiste. (*N. de la T.*)

Stevie sonrió mientras él se acercaba.

—¿Has decidido ver cómo vive el otro noventa y nueve por ciento?

—He traído una chaqueta y un sombrero. Están en el coche.

—Es un detalle por tu parte, ¿pero a qué viene esa preocupación por mi vestimenta?

—No hay tiempo que perder. Tendrás que ir como estás.

Jishang colocó su mano, de dedos largos, sobre el brazo de Stevie, y empezó a conducirla fuera de la pista. Ella se echó hacia atrás.

—¿Puedes esperar un momento? —señaló a Declan, que había observado este encuentro con las cejas levantadas—. ¿Recuerdas a mi colega Declan McKenna? Del *Irish Times*.

Jishang alargó la mano y se saludaron.

—Sí, claro. Por favor, disculpe, señor McKenna, pero la señorita Steiber y yo tenemos un asunto urgente.

—Un placer volver a verle, señor Wu —Declan inclinó el sombrero y guiñó un ojo a Stevie mientras ella se daba la vuelta.

Stevie se dejó arrastrar sobre la hierba mullida hacia las puertas del Valle Feliz, pero no pudo resistirse a caminar con un movimiento de caderas ligeramente exagerado, sabiendo que Declan la estaba observando, esbelta y espléndida.

—¿Qué pasa, Jishang? Esto es una locura.

Jishang no aminoró el paso mientras contestaba:

—Tenemos una reunión con la señora Kung.

Ella se paró en seco, le zumbaban los oídos.

—¿Qué has dicho?

Casi se le desencajó el brazo mientras Jishang seguía caminando.

—Me has oído.

—Dios, qué irritante eres —estaba siendo arrastrada de nuevo y tuvo que brincar para intentar mantenerse en pie—. ¿Una reunión? ¿Cuándo? ¿Estás seguro? ¿Quién te lo ha dicho?

—Sí, una reunión. Ahora. Estoy bastante seguro, ¿y cuál era la última pregunta?

—¿Ahora?

—Ah, sí, ya me acuerdo. El señor Leung me telefoneó hace una hora, que es lo que he tardado en encontrarte.

—¿El señor Leung?

—Pareces una niña, con todas estas preguntas. Sí, el señor Leung, el secretario personal de la señora Kung, el tipo al que has estado dando la lata durante meses.

Habían llegado a las verjas de entrada y Stevie pudo ver su coche alquilado, color negro, brillando bajo el sol, con el chófer apoyado contra él, indiferente, enfrascado en un periódico.

—Oh, vaya. Ahora mismo, ¿eh? Gracias por traerme el sombrero y una chaqueta. ¿La azul marino?

El chófer se percató de la mirada de Jishang y dobló el periódico apresuradamente; después lo lanzó por la ventanilla abierta del asiento del copiloto, con una mano, mientras con la otra abría para ellos la puerta trasera.

—Sí, la azul marino. Por supuesto.

Stevie se frenó.

—No estoy lista. No puedo ir.

—Puedes y debes hacerlo. Es tu oportunidad. No habrá otra ocasión.

Consciente de que él tenía razón, Stevie aceptó la mano que le tendía y subió al coche. Ahí estaba, después de todo. El encuentro que había estado esperando.

El día no podía ser más hermoso. Hacía calor, por supuesto, pero todavía no se trataba de ese implacable estado veraniego que se te queda pegado, pesado y amargo, al fondo de la garganta. A medida que el coche ascendía la empinada Peak Road, el aire se volvía sensiblemente más liviano.

Stevie asomó la cabeza por la ventanilla. La velocidad la dejó sin aliento, y ella se rio por disfrutarlo. Muy por debajo de las terrazas que resultaban tan caras de mantener, palpataba un mar azul zafiro... la naturaleza controlada por el dinero, pero solo hasta cierto punto.

El coche aminoró al acercarse a un par de portones de hierro fabulosamente decorados, con arabescos que producían una sombra contundente sobre la gravilla pálida que había más allá. Stevie se reclinó en el asiento de piel y se apoyó por un momento sobre Jishang, disoluto pero elegante, junto a ella. Él la miró.

—Tu pelo —dijo.

Stevie se cepilló con la mano el pelo enredado por el viento.

—¿En serio? ¿A quién le importa?

—A mí. Y a ella también le importará.

A regañadientes, Stevie hizo un serio intento por arreglarse los rizos. Se sentía nerviosa, inquieta por la naturaleza precipitada del encuentro; no parecía favorable. No tenía ninguna sensación positiva. Lanzó una mirada desafiante a los espléndidos jardines que pasaban con lentitud por su lado, frente a la ventanilla.

Casi podría haber alargado la mano y tocar las exuberantes hortensias de color púrpura, tan cargadas y tan dóciles, que bordeaban el camino. Ni siquiera ella —obstinadamente hastiada del mundo— pudo reprimir un silbido tenue al ver el palacio de columnas blancas que apareció al final del pasillo de arbustos, verde y fresco.

Jishang se permitió una media sonrisa.

—¿Qué esperabas?

—Un tugarío, como es lógico —respondió ella, pinchándole ligeramente en las costillas con su codo afilado.

Cuando el coche se detuvo, abrió la puerta un hombre vestido con insólita librea blanca y dorada. La fragancia polvorienta de las flores mezclada con el ligero y sombrío aroma humano del sirviente invadió el interior de piel pegajosa del coche. Los dedos delgados de Jishang la sujetaron por la muñeca cuando ella empezó a salir.

—Pórtate bien.

La presión sobre su piel era fortísima. Incluso cuando ya estaba fuera del coche, y la gravilla crujía bajo sus nada glamurosas bailarinas de punta redonda, sentía la sombra de la presión. Él le permitió dar algunos pasos hacia la casa antes de salir del

coche, desplegando sus extremidades como una anémona de mar.

Mientras se hundía en el sofá de cretona satinada con estampado de rosas, Stevie se asombró por la sequedad que le oprimía la garganta. Dirigió la mirada a Jishang esperando que la tranquilizase, pero él había cogido un extraño y reluciente ejemplar nuevo de la revista *Time* de la mesita de cristal. Tenía los dedos apoyados con suavidad sobre el papel resbaladizo. En la portada, un Franklin Delano Roosevelt en blanco y negro estaba de pie tras los micrófonos de la CBS. Miraba hacia un lado; ¿apartando la mirada de un reto o dirigiéndola hacia él? Jishang hojeó las páginas impolutas. Stevie alcanzó a ver el titular en el que se entrevistó: «Guerra en China, Bombardeos en Chungking». Apartó la vista, no quería pensar en quienes estaban muriendo y quienes ya estaban muertos, y trató de encontrar saliva en su boca. La duda y el miedo eran sus inoportunas pero siempre presentes acompañantes. Sus batallas con ellas habían inspirado todos los gestos firmes de su juventud. La habían conducido lejos de lugares seguros. La duda respecto a si podría hacer cualquier cosa, siempre acechada por el miedo a fracasar, persiguió sus pasos mientras bailaba por los vestíbulos de los hoteles de Shanghai con los demás restos del naufragio del mundo. Exactamente con ellos la maldijo su padre cuando se marchó la última vez. Serían «su muerte».

Luchando contra la fuerza gravitacional de unos cojines demasiado rellenos, Stevie trató de sentarse erguida mientras una mujer acicalada, joven en apariencia, se acercó dando saltitos de pájaro por el vestíbulo de mármol.

—¿Quién es esta Stephanie Steiber?

La señora Kung, con el pelo estirado y recogido hacia arriba, tenía cincuenta años y estaba formidable. No trató de bajar la voz a pesar de que Stevie y Jishang estaban claramente lo bastante cerca como para oírla. Su tono era un poco despectivo y, sin duda, desdeñoso. Su secretario personal, el señor Leung, abotonado

hasta el pescuezo y casi postrándose, le contestó mientras se apresuraba para seguirla, pero sin adelantarla.

—Una periodista, señora. La ha traído su sobrino Wu Jishang. Ella ya ha hablado con sus hermanas... ¿sobre el libro? —bajó la voz—. Ha telefonado unas cien veces y esta mañana usted accedió a reunirse con ella.

Los conocimientos de chino mandarín de Stevie eran rudimentarios, pero captó lo esencial. Era cierto, se había aproximado a la señora Kung muchas veces desde que llegó a Hong Kong, solo para ser rechazada.

La señora Kung era la mayor de las tres famosas hermanas Soong y, por extraño que pareciera, la que había resultado más difícil de captar. La señora Chiang Kai-shek negoció el trato un año antes. Stevie la entrevistó para un pequeño artículo sobre viudas políticas que confiaba vender como parte de una serie. Desenfadado, por supuesto, un artículo para mujeres. ¿Cómo sobrellevas las ausencias de tu esposo y qué le gusta comer cuando vuelve a casa después de salvar al mundo? Cosas de ese estilo. A través de Jishang, Stevie le fue presentada en una recepción en Shanghai y consiguió persuadirla en cuanto a que un artículo así sería inofensivo y, quizás, incluso útil. Después de todo, el público norteamericano en general tenía una actitud profundamente prejuiciada hacia China, que surgía de la ignorancia. Si pudieran encontrar algo con lo que identificarse en el artículo, podría mejorar la comprensión, y quizás incluso captar simpatías.

Como esposa del líder del gobierno nacionalista chino, la señora Chiang, o May-Ling, como permitió que Stevie la llamase, era una de las diplomáticas más consumadas del mundo. Su encanto, belleza y perfecto acento norteamericano cautivaban a todos en el escenario mundial, y había entablado una amistad especial con los Roosevelt. Stevie disfrutó enormemente de aquel encuentro, y se emocionó cuando la señora Chiang reaccionó de modo alentador ante su atrevida propuesta de escribir un libro sobre las tres hermanas. ¿Quién podía no sentirse fascinado por la asombrosa historia de las tres muchachitas que llegaron a casarse con tres de

las figuras más importantes de China? Stevie optó por no hacer hincapié en el hecho de que no habían nacido exactamente en un establo. La suya seguía siendo una historia extraordinaria. Y ella tenía la primicia. A ella, Stevie Steiber, la peripatética reportera de la observación socio-humorística, se le había concedido la oportunidad de escribir un documento serio e importante detallando las luchas de poder de la China moderna desde el interior.

Por ello, pasó algún tiempo con los Chiang Kai-shek mientras el gobierno luchaba por hallar una respuesta ante la aplastante agresión de los japoneses expansionistas y su ataque despiadado a China. Y después le concedieron una serie de entrevistas con Ching-Ling, la hermana mediana, quien, como viuda de Sun Yat-sen, el fundador de la primera república china, se había convertido en una firme partidaria de la causa comunista. Como tal, era la enemiga declarada de Chiang Kai-shek, su cuñado, y de hecho había regresado a China hacía poco tiempo, tras años de exilio voluntario en el Moscú soviético para ayudar a negociar una alianza incómoda entre las dos facciones, de modo que una China unida pudiera concentrarse por fin en defenderse de Japón. Las fracturas en la mayoría de las familias, incluyendo la suya propia, eran bastante menos extremas. Stevie solo tenía que pensar en la relación con su madre, tensa y manchada de lágrimas, para ver un ejemplo claro. Por ello, se sentía extremadamente conmovida por la profundidad del cariño que todavía existía entre las hermanas.

Ahora, ahí estaba, recién llegada a Hong Kong, con el propósito expreso de conocer a la tercera hermana Soong.

La señora Kung, o Ai-Ling, como era conocida por su familia, no se había casado directamente con la política sino con el comercio. Su esposo era considerado por lo general como el hombre más rico de China, conocido por ser el banquero misterioso de los nacionalistas asediados. El hecho de que sus dos hermanas hubiesen confiado en Stevie no parecía ser suficiente para la señora Kung. Tampoco el hecho de que Jishang, un lejano sobrino segundo pero aun así reconocido según las costumbres chinas, hubiese traído a Stevie a Hong Kong para conocerla en persona.

No estaba nada convencida de que el libro fuese una buena idea. De las hermanas, era quien no tenía agenda pública, y sin duda no existía ninguna ventaja evidente por estar más expuesta al mundo exterior. De hecho, más bien al contrario.

La señora Kung echó un vistazo por el salón. De haber estado mirando de verdad, se habría percatado del gran lujo de la decoración, el sirviente rondando por la entrada de enfrente y, a través de las ventanas, dos tipos fornidos que solo podían ser guardaespaldas holgazaneando bajo la sombra de un árbol. Pero no estaba mirando. Estaba inspeccionando. Lo encontró todo a su gusto y entonces saludó a Stevie y a Jishang con una minúscula inclinación de su cabeza perfectamente colocada.

Nada de su aspecto frágil, como de muñeca, se traducía en su personalidad o su presencia. Por todo el temor que le inspiraba a Stevie, la señora Kung bien podía haber sido el mismísimo King Kong.

Jishang había desenredado sus largas piernas con gracilidad y estaba en estado de alerta. Stevie se puso de pie justo a tiempo. La señora Kung alargó su pequeña mano inmaculada. Jishang la apretó contra sus labios.

—Señora, muchas gracias por concedernos su tiempo.

Oírle hablar en mandarín siempre hacía que Stevie se estremeciese. De repente recordó la primera vez que oyó su voz grave y cómo se giró hacia él. Parecía que hubiese pasado toda una vida, pero solo había transcurrido un año. Un año infernal.

La voz de la señora Kung era aniñada y afectuosa, y su acento norteamericano, ligeramente del sur en cuanto a la cadencia, era absolutamente perfecto.

—Eres un mal hombre, Wu Jishang, no creas que no lo he oído.

Y después, pasado el coqueteo, centró la atención en Stevie. Ante su examen detallado, Stevie deseó con fervor haber podido cambiarse de vestido. Era sencillo de forma inapropiada, y uno de los bolsillos estaba ligeramente roto. Se alegraba por la chaqueta que Jishang le había llevado, pues le faltaba un botón en el lugar en que la manga corta y abombada del vestido se cerraba sobre

la parte superior de su brazo. Además, la tela se estaba quedando pegada en las zonas más inoportunas y estaba sudada de forma visible justo donde terminaba la espalda. La valoración de la señora Kung decía: «El largo de esa falda hizo furor el año pasado pero, de verdad, ¿quién es tu modista?, deberían darle un tiro». Lo que en realidad dijo fue bastante peor:

—Pareces impaciente.

Stevie, desprevenida, dirigió la mirada hacia Jishang buscando aliento, pero él no resultó de gran ayuda. Al parecer, los puños recién planchados de su camisa requerían necesariamente su atención. La señora Kung continuó como una apisonadora con tacones altos.

—Necesitas tener paciencia si vas a escribir la verdad.

La voz de Stevie sonó débil e indecisa.

—Llevo viviendo con gente china bastante tiempo como para...

La señora Kung la interrumpió, arqueando las cejas:

—Eso he oído.

Sus ojos se movieron con rapidez hacia Jishang y el significado fue evidente y claro. Jishang continuaba absorto con los puños de su camisa. Stevie no pudo controlarse. Una risa retorcida se abrió paso a la fuerza por sus labios resecos. De inmediato, supo que todo había terminado. Lo había echado a perder. Había esperado este encuentro durante meses, caminando impaciente de un lado a otro de su diminuto apartamento en Shanghai hasta perder la calma y volar a esta colonia de mala muerte por la pequeña posibilidad de que ella y Jishang pudieran hacerlo viable. Y, en ese momento, ahí estaba, y lo había estropeado con una risa estúpida, sardónica.

Pero, para su sorpresa, la señora Kung no se dio media vuelta para desaparecer en una ráfaga de desagrado. En lugar de eso, pareció volver a evaluarla. Su voz sonó tan tierna como una nana cuando se giró hacia Jishang.

—Wu Jishang, sé un buen chico y lárgate —dijo—. Encuentra algo que hacer.

Diez minutos más tarde, Stevie estaba sentada en el borde del sofá, inclinada hacia delante, mientras la tela le rozaba en la parte trasera de las rodillas. Frente a ella, la señora Kung escuchaba con la clase de atención que debió haber seducido al propio señor Kung. Mientras hablaba, Stevie tuvo que luchar con la distracción que le provocaba la mano suave de aquella mujer madura, que agitaba con elegancia un abanico de plumas.

—Vine a China para dos semanas. Eso fue hace tres años.

No hubo ningún atisbo de sonrisa por parte de su audiencia. Stevie comprendió que su habitual tono animado podría no ser el adecuado. Se preparó y se zambulló en el aterrador territorio de la sinceridad.

—Interrúmpame si digo cosas que ya sabe. Soy una reportera independiente con base operativa en Shanghai. Escribo artículos para la prensa norteamericana, periódicos y semanarios, y después está *Direct Debate*, la revista que Wu Jishang y yo dirigimos...

—He oído que es subversiva.

—No, en absoluto —aquellas cejas arqueadas de nuevo de manera exquisita—. Quiero decir, admiro la acción política, la pasión que conlleva, pero personalmente estoy más interesada en la gente que en las ideas.

—¿Por qué debería cooperar contigo si de hecho no tienes agenda política? ¿En qué me puede beneficiar que se cotillee sobre mí?

—No escribo cotilleos, señora. Soy periodista. Escribiré un testimonio para usted y sus hermanas. Un testimonio sin prejuicios que ofrecerá un retrato justo de su extraordinaria familia, para que la historia lo lea y lo comprenda.

—Mis hermanas no son desconocidas para la escena pública. Parece que mi hermana menor pasa la mayor parte de su vida frente a un micrófono sobre algún césped, o saludando desde unos escalones, o sentada en sillones en un ángulo conveniente para los fotógrafos. Veo las fotos y siempre tiene la cabeza inclinada en una postura de escucha atenta —la señora Kung entrecerró los ojos—. Debe ser de lo más incómoda.

—Quizás hablar conmigo fue para ella un descanso bienvenido.

—O quizás, como el resto del mundo, te ha seducido con su intensidad y su pasión.

—En realidad, lo que me impresionó de verdad fue su constante búsqueda de las palabras adecuadas —Stevie hizo una pausa—. Eso y su asombroso vestuario.

La señora Kung se rio. La blancura de sus dientes diminutos, uniformes, resplandeció.

—Sería totalmente imposible que pudieras decir lo mismo de Ching-Ling.

—Tiene razón. La señora Sun Yat-sen me impresionó de una manera bastante diferente.

—¿De qué manera?

—Hay algo relativo a su timidez y su voz queda. Ya sabe, tienes que inclinarte y acercarte bastante para oír lo que dice.

—Todos esos vestidos sencillos y esa casa poco amueblada... supongo que dirías que reflejan su seriedad y dignidad, ¿verdad?

—Sí. Logra ser frágil y resistente al mismo tiempo.

—¿Eso crees?

Stevie percibió una trampa. Sostuvo la mirada de la señora Kung y no dijo nada. El abanico se movió más deprisa mientras la señora Kung suspiraba:

—Oh, personalmente, no podría soportarlo. Todos esos eruditos fervientes y jóvenes radicales rondando, esperando a escuchar sus declaraciones sosegadas.

—Nos llevamos bastante bien.

Stevie vio que la señora Kung la estaba mirando, severa y adusta. Supo que la estaba examinando... ¿pero aprobaría? Si la señora Kung no aceptase hablar más con ella, la idea del libro sería inútil. El proyecto no tendría sentido. Se apoderó de ella una sensación de desesperanza. Se estaban estancando en Hong Kong solo por la estúpida fe que Jishang tenía en ella. Sin importarle que las otras dos hermanas ya hubiesen aceptado el libro, de forma milagrosa, Stevie se sintió repentinamente segura de que la señora Kung, la mayor y más testaruda de las fabulosas hermanas Soong, no lo

haría. ¿Cuánto tiempo más tendrían que interpretar esta farsa? La voz de su madre resonó en su cabeza: «No eres nada del otro mundo, Stephanie, no cuando todo está dicho y hecho».

La expresión de la señora Kung vaciló; su mirada se deslizó desde Stevie hacia la ventana que daba al verde exageradamente regado del jardín. Stevie sintió cómo se escabullía todo el trabajo que había hecho.

Se inclinó más hacia la señora Kung, y su voz se volvió densa de repente, con pasión y urgencia.

—Señora, de verdad quiero escribir este libro.

Los ojos de la señora Kung se volvieron poco a poco hacia ella.

—Mire, en realidad necesito escribirlo. Necesito demostrar que puedo. Quiero que se me tome en serio, quiero ser más que solo... —notó el fuerte peso de la sinceridad sobre su lengua.

—¿Más que solo?

—Más que solo una columnista. Soy una buena escritora, haré justicia a su historia.

La acicalada mujer de Estado escudriñó la expresión inusualmente vulnerable de Stevie. Las frondas de su abanico de plumas se agitaron con la brisa.

—Y no se preocupe demasiado por la revista —sonrió Stevie, excusándose—. De verdad. De todos modos no la lee nadie.